



Arguedas: Entre la tradición y la modernidad

Arguedas: Between tradition and modernity

José Carlos Vilcapoma¹

¹ Universidad Nacional Agraria La Molin, Lima, Perú. Email: jocavi@lamolina.edu.pe

Recepción: 7/03/2020; Aceptación: 15/06/2020

Resumen

La construcción de una imagen nacional afortunada en su profundo simbolismo rara vez se concentra en una gesta individual representativa, es decir, atribuible a la voluntad de actuación de un agente aislable cuya coyuntura se inserta visiblemente en la cotidianidad de un pueblo, el cual por efecto de su reconocimiento llega a elevar su imagen a la categoría social de ícono general, y es esta asunción de paulatina aura en alas de la fama el rasgo antropológico más destacable de la historia de José María Arguedas Altamirano, cuya epopeya es la nuestra, pues su epifanía ideológica es la del nuevo Perú que avizó y por el que dio la vida.

Palabras clave: José María Arguedas, reconocimiento del Otro, compromiso social, mito y persona, interculturalidad, mundo quechua.

Abstract

The construction of a fortunate national image in its deep symbolism rarely concentrates on a representative individual deed, that is, attributable to the will of an insulating agent whose joint is visibly inserted into the daily life of a people, which by effect from his recognition he elevates his image to the social category of general icon, and it is this assumption of gradual aura on wings of fame the most remarkable anthropological feature in the history of José María Arguedas Altamirano, whose epic is ours, as his Ideological epiphany is that of the new Peru that he envisioned and for which he gave his life.

Keyword: José María Arguedas, recognition of the Other, social commitment, myth and person, interculturality, quechua world.

Cuando la idealización del personaje supera la realidad significa que estamos frente a la construcción de un ícono, de un personaje en el que más de las veces se encuentran los ideales de quien los elabora. En estos casos –como dirían los estructuralistas– poco cuenta la verdad, lo

que más importa es el discurso que se construye en torno al personaje.

Solo así podemos explicar las diversas expresiones en torno a José María Arguedas, tan valederas como los informes antropológicos. Vemos y asistimos a certámenes, dentro y fuera

Forma de citar el artículo: Vilcapoma, J. 2020. Arguedas: Entre la tradición y la modernidad. Revista Tierra Nuestra 14(1):32-39 (2020).

DOI: <http://dx.doi.org/10.21704/rtn.v14i1.1501>

Autor de correspondencia (*): Vilcapoma, J. Email: jocavi@lamolina.edu.pe

© Los autores. Publicado por la Universidad Nacional Agraria La Molina.

El artículo es de acceso abierto y está bajo la licencia CCBY

del país, celebraciones, representaciones teatrales en locales cerrados y abiertos, programas televisivos con entusiastas presentadores, menciones a la casa de San Juan de Lucanas, en Ayacucho, como en la que habría vivido ininterrumpidamente, cuando en su niñez, en tal zona, lo hizo en la hacienda Viseca, y otro tanto en Puquio, sin olvidar otros tantos lugares como Ica, Yauyos y Huancayo.

También hay quienes señalan un encuentro entre él y su madre, cuando “joven antes de los dieciséis” tocándole guitarra, sabiéndose que él la había perdido muy niño, viviendo el resto de su infancia al lado de la servidumbre, del que decía era el lugar más feliz de su infancia. Otros “recuerdan” que había pasado por Colca, el distrito de la provincia de Víctor Fajardo, en Ayacucho, pidiendo sólo *Api*, la mazamorra de harina de trigo, cual *Huaticuri*, dios caminante raído, pobre, piojoso, empero virtuoso, del que en 1966 tradujera al español, aquel viejo relato de Francisco de Ávila, que le valió el nombre de los zorros a su novela póstuma.

Ahora todos son amigos o quieren ser amigos del maestro, del *Wawqe* Arguedas: han surgido discípulos y hasta herederos suyos. Pueblos íntegros, como el de Huancayo, salieron a sus calles cuando fue el centenario de su nacimiento. Hoy, algunos años después, se sigue construyendo las imágenes de Arguedas. De seguro, en muchos lados se le ha leído poco, en otros mucho; sin embargo, lo hacemos nuestro y le damos el matiz que queremos. Algunas veces lo vemos como indio, en lucha contra el gamonalismo; otras como el literato que hace antropología y al que se le pide cuentas del porqué no mantiene el compromiso social, tal como se lo pidieron en la famosa Mesa Redonda de *Todas las sangres*. Fácilmente se le tipifica como indigenista, pensando que la dicotomía de los indigenistas era presa de él, olvidando la apreciación del hermano Aristides que no se explicaba el por qué José María lo decía, con tanta insistencia. En algún momento aparecieron “datos” en el valle del Mantaro que demostraban la existencia de una descendiente (nunca probada). En él estuvo con Sergio Quijada Jara. Este, del que me precio haber sido, entonces, joven amigo y a quien le edité *Trilogía de adolescente* (de quien guardo confesión grabada sobre que, tal aseveración de una hija era una mentira) afirmaba, además, que se le considera como el defensor de lo tradicional en contraposición con lo moderno, cuando, quién sabe, es el autor que más defiende el carácter moderno del campesinado, ayer los indios del Perú Profundo.

Varias nocio}surge una actitud del “Te veo

de tal forma para verme de la otra”. Puede esta relación invertirse: “Me veo a mí mismo de una forma para verte de otra”, “Me veo ‘andino’, ‘recíproco’, ‘solidario’, para verte la inversa.” Así construyo un personaje en la interacción de mis aspiraciones, de mis valores, de mis ideales.

Este es un principio fundamental que debe ser entendido por los antropólogos que hacen biografías, sea sobre personajes populares o sobre los mismos antropólogos, como una forma de ver, a través de ellos, la cultura. Como diría John Cohen, el hombre de hoy se ubica y se piensa en un tiempo lineal y su construcción parte de la noción del tiempo y la suma de sus circunstancias. En la construcción de la imagen cuentan mucho otros elementos que la historia real, como dijo Marcel Mauss en su ensayo sobre la categoría del espíritu humano, la noción de la persona y la noción del Yo, marca una línea entre la persona como hecho moral, como ser psicológico y como componente de fuerza religiosa; una forma de decirnos que hay complejos componentes de la persona.

“... la ‘persona’ es más que el resultado de una organización, es algo más que el nombre o del derecho de un personaje o de una máscara ritual, es fundamentalmente un hecho de derecho.”¹

A estos considerandos habría que sumarle el de cuerpo. La persona se asocia al cuerpo, hay una indesligable correspondencia. El cuerpo expresa los símbolos de la cultura; así vemos a alguien como “blanco”, de “porte indio”, de “baja estatura”, “siempre delgado”, formas en que los hombres expresan sus valores sociedad por sociedad.²

Ahora, persona y mito se corresponden; la primera es representada, ritualizada y reflejada en el mito como versión ideal, verídica de un pasado y un presente funcional; los héroes son los personajes con funciones transformantes a la vez; el mito explica el origen de la vida, cosmos y hombres.

El mito es la verdad del Otro

En consecuencia, la biografía es una construcción ideal del pasado. Las autobiografías corren la misma suerte, probablemente con mayores riesgos. Más cuando se trata de uno mismo, en el que la natural curva del olvido juega un papel importantísimo para esconder lo que consideramos “lo malo” y recordar “lo bueno”; existe una tendencia de naturaleza común en los

¹ MAUSS, Marcel. 1971. *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos. p. 323.

² *Ibid.* “Concepto de las técnicas corporales”, p. 343.

hombres de recordar y contar sólo lo positivo para hacerse una autoimagen. El “conócete a ti mismo” linda con el misterio filosófico, y si pensáramos en las autobiografías o biografías que implican reconstruir mental y subjetivamente la noción y cualidades de una persona nos vamos convenciendo que es más complejo de lo pensado. Tiene varios ejes: “unos para dominar y corregir las propias inclinaciones; otros para medir sus posibilidades dentro o frente al grupo social: étnico, religioso, cultural o económico al que estaban vinculados o sometidos, otros finalmente para complacerse en sus propias excelencias, en puro acto de narcicismo”³

Nosotros como antropólogos tomamos conciencia de ello. La biografía es un método que está cerca de la casuística. Su valor como fuente para la construcción de la imagen de la persona referida está precisamente en que se comprende que al lado del dato verdadero está el verídico, el idealizado del que cuenta y, seguramente, del que escribe; en consecuencia, debiera acudir a ella, no como ante el dato frío, sino transformante, funcional y explicativo, preguntándose siempre el porqué de aquellos datos, el porqué de algunos recuerdos y de algunos pasajes. Si bien la antropología, metodológicamente, sugiere mantener la distancia para encontrar la objetividad, también nos señala que ésta tiene una carga subjetiva analizable y, quizá, esa sea otra interesante entrada.

Arguedas, la otra mirada: Una modernidad sensible

La importancia de Arguedas, desde esta perspectiva, radica en que hace de la antropología el arte del hombre a la par de su construcción literaria. Tempranamente se aparta de los presupuestos conceptuales y métodos rígidos para construir aristas, recién hoy contempladas como aciertos, a partir de la sensibilidad de los hombres de los Andes, para entender la complejidad de las culturas. Describe y analiza los diversos rostros del Perú, no como un conservador, sino como hombre moderno, como hombre de mirada y actitud intercultural, poniéndose en la situación del Otro, clave insustituible de la interculturalidad.

Veámoslo: para este cometido acudamos al legado íntimo de sus cartas, algo que muchos le han temido pensando que es una herejía construir sus aportes a partir del misterio de la intimidad.

En carta a José Ortiz Reyes, el padre del antropólogo Alejandro Ortiz Rescaniere, compañero de celda en el Sexto, a quien le

escribe desde Sicuani, Cusco, en 1939, cuando tenía veintiocho años, le manifiesta su profunda convicción sobre los cantos y música de los Andes, que no sólo lo describe, sino lo siente; tiene un sentido de pertenencia y admiración. A decir, de Radcliffe Brown –para la religión– sólo pueden explicar este fenómeno complejo los que sienten desde el misterio de las profundidades personales, dice:

“Me volví muy sensible. No podía oír un wayno en la calle sin emocionarme hasta el extremo; seguía a los pandilleros –aquí salen a cantar en las calles en las fiestas– conteniendo materialmente las lágrimas”.

Un año antes, en 1938, había vivido una experiencia desagradable a los ojos de los demás, empero él lo había convertido en una de gran y hasta sublime enseñanza; había estado preso por un lapso de ocho meses en el temible Sexto, por haber participado en la manifestación sanmarquina contra la visita de un fascista general italiano. De estas circunstancias diría, cuando culminó su novela que narra este mundo de rejas, a inicios de 1961:

“Por fin, después de tantos años, tuve la dicha de charlar con mis amigos los indios y mestizos y regocijar mi alma viéndolos, con sus trajes tan hermosos, plenos de originalidad (...) He descrito el aspecto más difícil del Perú, el más debatido. El relato se llama *El Sexto*. Yo estuve en esa prisión un año (...) Negros, indios, mestizos, cholos, mulatos: hombres puros como santos y degenerados; fanáticos, tolerantes; todo el Perú que acaso en ninguna parte estuvo nunca más representado que en esa prisión, se presentan en este relato, hasta donde mis fuerzas han podido darles vida; la vida real de la que fui testigo. Amo a mi país, lo admiro, tengo una fe ilimitada en él, y tuve la milagrosa oportunidad de que en mi niñez mi madrastra me arrojara a vivir a la cocina con los peones y sirvientas indias. Ellos fundaron inextinguiblemente la ternura con que veo el mundo. Así creo que he alcanzado a describir hechos que ofenden la dignidad humana, sin que la descripción ofenda.”

Lejos de guardar rencor y odio por este hecho, señala que aquella prisión templó su alma. De ella diría comparativamente, en otra misiva: “Cuando estaba estudiando el cuarto año, uno de los buenos dictadores que hemos tenido me mandó al Sexto, prisión que fue tan buena como mi madrastra, exactamente tan generosa como ella”, sabiendo que paradójicamente era ella la que la había sumido entre los indios y la servidumbre.

³ Sánchez MUNAIN, Blanca. 1983. *Sigmund Freud*. Madrid: Ediciones Urbión.

En estas notas se trasluce una visión y actitud llena de fe por el porvenir, por el futuro, de añoranza por el país, que lo había maltratado, lejos del pesimismo que se hacía común en gentes que desde la literatura rezaban en líneas románticas cantos de añoranza pasadista, en la línea que todo tiempo pasado era mejor (actitud que no cambió, ni cuando, años más tarde, tomaba conciencia de sus dolencias físicas). Así recuerda en una carta dirigida a su amigo, el etnólogo John Murra, el 28 de octubre de 1961:

“He padecido en estos dos últimos meses una aguda crisis de mi dolencia nerviosa que viene de antiguo. Tuve una niñez y una adolescencia bárbaras, oscilando entre la ternura infinita de gente que sufría (los sirvientes quechuas de mi madrastra) que me protegieron, la ternura de mi padre muy o algo controlada por su antiguo concepto de la autoridad paterna y la brutalidad de un hermanastro y una madrastra, especialmente de mi hermanastro que era un verdadero monstruo de egoísmo y maldad. Dominaba al pueblo y lo castigaba por placer.”

Sin embargo, en otra carta, después de mes y medio de aquella de 1961, a los cincuenta años de edad, le reitera su fe y visión positiva sobre los hombres a Murra, diciéndole:

“La afeción nerviosa de que padezco me tenía agobiado. Pero mi fe en el ser humano, mi deslumbramiento por lo que hay de bueno y bello en este mundo me ayudan.”

Sólo así se entiende la sensibilidad de Arguedas, quien en enero de 1962, en Chile, encuentra que como hombre, como ser humano, es centro de interés a los demás, asunto que creía que, por los años, por su fragilidad y malestar, había perdido. Sólo así se entiende la natural emoción que le causa el haber sido centro de atención de parte de una joven:

“(…) Esas invitaciones confirman la principal esperanza que usted me devolvió: que puedo interesar todavía. Una de las jóvenes me dijo que “era yo tierno y patético”. Es decir que en Chile uno puede ser amado por el espíritu; aquí eso es muy raro. Y esa joven sólo me oyó cantar en quechua. Canto con el patetismo y la ternura de los quechuas.”

La fe en el quechua, en sus cantos, en sus recuerdos, lejos de martirizarlo, los había convertido en un arma de síncrexis al lado de lo nuevo, por lo que tenía gran admiración. No era de aquellos que sólo reparaba en el pasado como arma de contraposición de los modernos, más al contrario, siempre pensaba en los aportes de la modernidad⁴. Sus obras también lo señalan.

⁴ “Oda al Jet” es la mejor expresión de esta visión.

Su tesis de etnólogo es de una metodología moderna, cuando compara las comunidades de Perú y España, asunto que para entonces era revolucionario, ver en qué medida los patrones culturales de los Andes, tenían su referente en Bermillo o Sayago, a la otra orilla del charco.

Esa visión se puede rescatar cuando, a un año de su suicidio, recibe el premio Inca Garcilaso de la Vega, y tras señalar que un gran pueblo como el andino, se había convertido en un pueblo oprimido por el desprecio social, en una nación acorralada, sin embargo, convertía de aquello una fuerza descomunal, y sentencia:

“Pero los muros aislantes y opresores no apagan la luz de la razón humana y mucho menos si ella ha tenido siglos de ejercicio; ni apagan por tanto, las fuentes del amor de donde brota el arte. Dentro del muro aislante y opresor, el pueblo quechua, bastante arcaizado y defendiéndose con el disimulo, seguía concibiendo ideas, creando cantos y mitos. Y bien sabemos que los muros aislantes de las naciones no son nunca completamente aislantes.

A mí me echaron por encima de ese muro, un tiempo, cuando era niño; me lanzaron en esa morada donde la ternura es más intensa que el odio y donde, por eso mismo, el odio no es perturbador sino fuego que impulsa”.

¡Qué pensamiento más moderno que el que no queda en el lamento, sino en el puente de las dos fuentes!, sentencia:

“(…) intenté convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana, de los opresores. El vínculo podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir que se aculture. Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua.”

Según sus escritos, era de un pensamiento moderno. “Puquio, una cultura en proceso de cambio”, gran estudio, (del que estamos en deuda, pues la antropología no ha levantado otro estudio similar en la misma comunidad), o sus escritos sobre el Picaflor de los Andes, y su entrada en los grandes coliseos, señala que era tan importante el

que vayan ganado espacios.

En 1966, en la ciudad de La Plata, durante el XXXVII Congreso de Americanistas, hubo una mesa redonda de la denominada Antropología de Urgencia, cuya finalidad es hacer un “salvataje” de las comunidades indígenas, frente a la penetración de la Cultura Occidental. Arguedas argumentó:

“Los pueblos quechuas y aymaras han ingresado a un período de cambios intensos y rápidos... Tales cambios toman direcciones todavía confusas. Las generaciones jóvenes, relativamente más libres que las generaciones pasadas, en contacto más activo con las ciudades, con medios de subsistencia más diversificados aunque no muchos mejores... han adoptado una conducta dinámica, agresiva y simulada de pasividad.”

Por ello sostuvo que la antropología era importante, para dar cuenta de estos procesos y de otro que permanecía en la comunidad de aquellos pueblos: “Pueblos con varias decenas de siglos de ejercicio de la inteligencia y habilidad física ilimitada del ser humano... un pueblo creador.

Tradición y modernidad, presentes

Y cuando en aquella reunión se le achacó de indigenista y que pese a ello pertenecía a la cultura occidental tipificada como “fea” y “cruel”, se defendió señalando:

“No pertenezco por entero a esa cultura, pues soy bilingüe quechua”.

La integración estaba presente en sus postulados. En efecto, el Perú era pensado como un todo integrado. La realidad quechua tan fuerte con la “Oda al Jet”. La admiración de París, del que dijo: “En pocos lugares del mundo, casi en ninguno me sentí más orgulloso de ser hombre feliz de estar vivo en esta ciudad”. Dijo que necesitábamos de grandes sueños, como país antiguo, para realizar nuestros grandes sueños, igual que París, donde la cultura occidental se mostraba con tanta perfección”. Pero a la vez, la migración para él era un fenómeno que no anulaba la tradición. Decía: “Claro, que el serrano trabaja en Lima sin olvidar su pueblo. Reúne dinero para escuelas, templos, relojes públicos y aún carreteras”. Carretera, símbolo no de desarraigo en Arguedas, sino de progreso, de desarrollo de los indios, que los hacía libres de la servidumbre. Es clásico el ejemplo que pone de los indios de Puquio, cuando hacen la carretera, más tarde hacia Nazca.

Era preferido su ejemplo: “Si lo decidimos, podemos abrir un camino por debajo de las montañas hasta el mar”, lo dijo en quechua, un alcalde a un subprefecto de Puquio.

Tradición y modernidad en correspondencia, probablemente asimétrica, pero al fin y al cabo en proceso integrador. De allí lo grande de Arguedas y lo vital hasta ahora.

Finalmente, y acaso lo más importante. Los que lo conocieron hablan de su personalidad, casi siempre presto al afecto, aunque a decir de Alejandro Ortiz, era hombre de pocos amigos, pero los que se privilegiaban eran entrañables.

Hoy no es una herejía, desideologizada, recordar las palabras de Mario Vargas Llosa en *La utopía arcaica*, cuando dijo:

“Su atormentada personalidad y su limpieza moral me sedujeron, de modo que empecé a leerlo con una curiosidad y un afecto que se han mantenido intactos hasta ahora”.

Por ello el premio Nóbel, reconoce que es su único autor favorito y a quien ha leído antes que al Inca Garcilaso o al mismo César Vallejo. Afecto y sensibilidad que explica en sus cartas cuando habla de su identidad con la música y los artistas populares. Buscaba ganar espacios. Era parte de ese misticismo indígena. Por todo ello, es grato recordar que en nuestro actual premio Nóbel en “Elogio de la lectura y la ficción”, al aceptar el premio universal, dijera:

“Un compatriota mío, José María Arguedas, llamó al Perú el país de todas las sangres. Eso somos y eso llevamos dentro de todos los peruanos: una suma de tradiciones razas, creencias y culturas procedentes de cuatro puntos cardinales”.

Para sentenciar luego sentenciar:

“El Perú no tiene una identidad, porque las tiene todas”.

Imagen y realidad expresada en la obra y vida del maestro universitario, de nuestro profesor de la Universidad Nacional Agraria La Molina, como de otras universidades. Testigo de los últimos latidos en su viaje a la eternidad, perennizando su legado y su vigencia que sigue convocando, hoy nos convoca con más fuerza que ayer, como los mitos del eterno retorno.

Es imprescindible recordar el sincretismo en sí mismo, en su forma de vida y de pensamiento, cuando decía:

“Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua”

Anexo:

A propósito de la intención de la Declaración del año 2011 como Año de José María Arguedas, un grupo de académicos, en especial de la

Universidad Nacional Agraria La Molina, circuló una carta de adhesión, presentado ante el Presidente de la República, entonces Alan García Pérez, quien abiertamente se opuso bajo el pretexto que no se estilaba poner nombre propio a los años. A lo que los más enterados del tema le hicieron saber que tal apreciación era un error habida cuenta que muchos años precedentes habían tenido denominación propia. Vallejo, Basadre, Garcilaso, entre otros.

Como para sumar esta fiebre de los centenarios, las redes, entonces el Twitter, circulaba con adhesiones para que el año 2011, bajo la denominación Año del Centenario de José María Arguedas. E incluso en Congreso de la República entró en debate y división, pues un grupo de 41 congresistas prefería el nombre de El centenario de los submarinos en el Perú, lo que decía que para muchos políticos, Arguedas era o desconocido o insurgente.

Este movimiento impulsado desde noviembre de 2010, generó un debate fuera de los ámbitos académicos, más era la reacción y reclamos de identidad sensible que la fundamentación de sus aportes.

De otro lado el movimiento cultural vinculado con los temas indígenas como servindi, se pronunció buscando adherentes, en clara adhesión de que Arguedas era un indigenista. Así en Andahuaylas, el 1 de diciembre se convocó una marcha de autoridades, organizaciones de base para declarar el 2011 “Año del Centenario del nacimiento de José María Arguedas”. Claro, se argumentaba el nacimiento de José María en Andahuaylas el 18 de enero de 1911. Estas protestas estaban acompañadas de festivales como el festival “Todas las artes” en esta ciudad, con una exhibición de diversas expresiones artísticas, animado por Luis Rivas, un profesor universitario de la localidad. Vallejo, Basadre, Garcilaso, entre otros.

He aquí la carta de adhesión impulsada por los molineros, que circuló como documento oficial:

“La Molina, marzo de 2010.

Excelentísimo Señor Presidente de la República del Perú:

Los abajo firmantes, ciudadanos peruanos, fieles al Estado de Derecho y al mandato constitucional de reconocimiento del Estado pluricultural y multiétnico, bajo el principio inclusivo de participación, equidad, justicia y desarrollo con identidad, en una cultura de Paz, nos dirigimos a Usted para solicitar que el año 2011 sea denominado “Año del Centenario del Nacimiento de José María Arguedas”, por las

razones que a continuación exponemos:

1. José María Arguedas nació en Andahuaylas el 18 de enero de 1911, hijo de un abogado cusqueño, Víctor Manuel Arguedas Arellano y una hacendada andahuaylina, doña Victoria Altamirano Navarro. Cuando murió la madre, José María sólo tenía tres años de edad. En adelante se crió entre la servidumbre indígena quechuahablante, quienes le enseñaron el amor a la tierra y a los hombres del Ande.

La multiculturalidad fue su emblema; lo asumió y cultivó toda su vida. Hizo su educación primaria en los pueblos donde su padre ejerció la abogacía, San Juan de Lucanas, Puquio y, con un lapso intermedio de cuatro años, Abancay. Cursó la escuela secundaria en la ciudad costera de Ica y luego, en la ciudad de Huancayo, donde inició su quehacer literario. A los veinte años, en 1931, ingresó a la facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, en Lima, y obtuvo el grado de bachiller, el 20 de diciembre de 1957 y de doctor en Etnología y Arqueología el 5 de julio de 1963, con valiosas investigaciones sobre “El valle del Mantaro y la ciudad de Huancayo (...)”, y “El origen colonial de dos comunidades de Castilla de España con referencia a las comunidades indígenas del Perú”, respectivamente. Más tarde, continuó escribiendo para revistas universitarias, labor que combinaba con su desempeño como auxiliar en la Administración de Correos, entre 1932 y 1937.

En 1937 fue detenido durante un año por participar en una protesta estudiantil contra individuos de la misión policial de la Italia fascista, y de su experiencia entre barrotes escribiría *El Sexto*. En 1939 se casó con Celia Bustamante, promotora de las artes populares y de la vida cultural quien, junto con su hermana Alicia, servía de anfitriona de la Peña Cultural Pancho Fierro. Arguedas se mudó con Celia Bustamante a Sicuani, en la sierra cusqueña, para trabajar como profesor de la escuela secundaria donde, con sus alumnos, llevó a cabo un trabajo de recopilación del folklore. Ejerció el magisterio en el colegio Nacional de Sicuani entre 1939 y 1941 de donde fue destacado al Ministerio de Educación Pública, de octubre de 1941 a noviembre de 1942 para colaborar en la reforma de los planes de la educación secundaria; concurrió al 1º Congreso Indigenista Interamericano, efectuado en Pátzcuaro, México. Al regresar a Lima, continuó enseñando en escuelas secundarias; en el Colegio Nacional Alfonso Ugarte y en el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe durante el período 1943-1948, siempre interesado en los problemas de la cultura andina, indígena y multiculturalidad. En 1947, fue conservador nacional del folklore, desde cuyo cargo llevó a cabo importantes ini-

ciativas orientadas a estudiar la cultura popular en todo el país; entre ellas, colaboró en la coordinación de las tareas folklóricas encargadas a los maestros, en lo que hoy es la Escuela Nacional de Folklore que lleva su nombre. Fue jefe del Instituto de Estudios Etnológicos del Museo de la Cultura Peruana, Director de la Casa de la Cultura y del Museo Nacional de Historia. Su siempre atenta labor docente la aplicó en el dictado de sus cursos de Etnología y Quechua en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones, entre 1950 y 1953; en la cátedra de su especialidad en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos entre 1958-68 y en la Universidad Nacional Agraria, La Molina, desde 1962 hasta su sensible muerte. En 1958, con el apoyo de la UNESCO, viajó a España para hacer el trabajo de campo de su tesis sanmarquina donde, durante seis meses, estudió a las comunidades de la provincia de Zamora.

En 1968 recibió el Premio Garcilaso de la Vega y aquel mismo año viajó a Cuba como jurado de la Casa de las Américas, mientras escribía *El Zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Larga sería la lista de sus obras, entre las que destaca la de carácter literario: *La literatura internacional, Diamantes y pedernales, Los ríos profundos, La agonía de Rasu Ñiti, Todas las sangres, Amor profundo y todos los cuentos, Cuentos olvidados, Canciones y cuentos del pueblo quechua y Poesía quechua*, entre otras muchas. En el campo antropológico, tiene trabajos etnográficos y etnológicos que esperan su publicación en un compendio (a cargo de Sibyla Arredondo).

El viernes 28 de noviembre de 1969, en su pequeña oficina de La Molina, se disparó en la cabeza: murió cuatro días después, el martes 2 de diciembre. Su testamento literario e ideológico está en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, su último libro, en el que se da cuenta, metafóricamente, de las causas de tal fatal decisión.

2. La 59ª Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó denominar el Segundo Decenio 2005-2015 bajo la consideración de que en el mundo existen más de “300 millones de habitantes pertenecientes a más de 5000 pueblos, culturalmente diferenciados”, de los cuales más de 40 millones corresponden al continente americano; siendo los pueblos originarios más representativos los mayas y los aztecas en Mesoamérica; quechuas y aimaras en el área andina. El Perú es uno de los países que concentra población indígena considerable. Los mapas etnolingüísticos del Perú registran más de 50 grupos étnicos y 14 familias etnolingüísticas. La pluralidad cultural es una realidad y no una opción.

Situación consagrada constitucionalmente (Artículo 2º, inciso 19º), que obliga desarrollar la identidad nacional en el respeto y en el derecho a la diferencia. Situación que actualiza los preceptos teóricos de José María Arguedas, respecto al Perú de todas las sangres.

3. Sus trabajos, tanto en antropología como en literatura, consideran al Perú como una fuente infinita para la creación. Sostuvo, como en su discurso en cuanto recibió el Premio Nacional de Cultura Inca Garcilaso de la Vega, que no había país más diverso que el Perú, “*más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y color; de amor y odio, de urdimbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores*”, por lo que imitar desde aquí a alguien resultaba escandaloso, reafirmando la necesidad de la identidad nacional. Enarbolaba las imágenes del encuentro de “*Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura a 4000 metros; patos que hablan en lagos de altura donde todos los insectos de Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el Sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores del mundo*”.

4. Denominar el año 2011 como año del Centenario de José María Arguedas es generar conciencia sobre la necesidad del encuentro de la diversidad, vista de costado por mucho tiempo e ignorada en las esferas del Perú oficial. De acuerdo al último censo de población, hay cerca de ocho millones de peruanos cuyas matrices culturales y lingüísticas se mantienen como marginales, esperando el reconocimiento de sus derechos y de sus expresiones culturales. Si bien hay esfuerzos desde el Estado, como el consagrado derecho a la inclusión, a través de la interculturalidad: “(…) que asume como riqueza la diversidad cultural, étnica y lingüística del país y encuentra en el reconocimiento y respeto a las diferencias, así como en el mutuo conocimiento y actitud de aprendizaje del otro, para la convivencia armónica y el intercambio entre las diversas culturas del mundo”, merece dar un salto político, con un mensaje de unidad, a través de la figura de Arguedas, que es el autor contemporáneo que ha buscado la unidad y la postergación de los desencuentros.

5. La vida misma y la producción intelectual de José María Arguedas representa un hito muy importante para la continuidad de un proceso que nos llevará a aceptar y reconocer que en nuestro país no solo existe una cultura, sino que en él coexisten y se expresan también otras, para lograr la identidad en el derecho a la diferencia y estar juntos como peruanos, con los mismos derechos

y responsabilidades; para hacer grande este país, que ya acepta sin dificultad la multiculturalidad y desterrar los desencuentros y la violencia en el Perú.

Excelentísimo Señor Presidente Constitucional:

Pocas veces existe ocasión, como hoy, para que el Estado reconozca a un peruano universal, a propósito de sus cien años de nacimiento, cuyo legado tiene vigencia académica y política, para consolidar una cultura inclusiva y de paz, acorde a los mandatos supranacionales y constitucionales, y que le devuelva a la ciudadanía los valores de equidad y justicia.

Atentamente

(Siguen firmas)”